

explicar, en principio, con procesos bioquímicos que son el objeto de estudio en la ciencia contemporánea. Una versión científica, llamada el funcionalismo dice que los contenidos mentales se deben meramente a las conexiones causales. Bajo este pensamiento «la mente es una mera estación en una corriente causal continua que fluye en el organismo o persona y sus contenidos no son fundamentalmente diferente... de un evento adentro de un artefacto inconsciente como una computadora o robot.» Este tipo de explicación simplifica mucho lo que es y hace un ser humano que no solo disminuyo su valor como persona, sino que también ignora la importancia que tiene la intencionalidad en la conciencia. Para Tallis, lo importante de ser humano es que se puede separar del mundo material de tal manera que le puede dar sentido a este.

Después de hablar de Kant y la ciencia, en los últimos capítulos de *Logos*, Tallis habla sobre «el escape de la subjetividad», que puede permitir a las personas ver el mundo de una manera objetiva y enfoca su atención en el hecho que las personas pueden hacer que el «eso» de frases como «eso es un árbol» como ejemplo primordial de nuestra capacidad de organizar el mundo en acorde con un tipo de logos racional. También hay discusiones sobre la falta de subjetividad en las matemáticas, que es el campo de conocimiento con cual se desarrolla la física moderna. Para Tallis la ciencia, aunque es el campo de conocimiento mas impresionante desde una perspectiva de capacidad de predicción en relación al mundo, es solo una faceta de una vida mucho más compleja y enriquecedora que incluye obras de arte, el amor, los sentimientos y todas esas facetas que aparentan resistir todo tipo de cuantificación sistemática. El problema del «logos» no tiene una solución fácil o intuitiva, requiere arte, filosofía y pensamiento para poder tratar de entender la vida.

Si bien es cierto que *Logos*, como otros libros de Tallis anteriores incluyendo *Of Time and Lamentation*, *Aping Mankind* y *The Knowing Animal*, no da respuestas definitivas a las preguntas mas importantes que los seres humanos se hacen, es por otro lado, un libro formidable en su capacidad

de poder subrayar y exaltar el misterio de la vida y de lo asombroso que es el poder tener conocimiento alguno. En un mundo filosófico fragmentado donde se busca reducir todo a impulsos cerebrales o a líneas de texto, Tallis demuestra que hay un camino difícil donde puede haber algo de luz al final del túnel, la filosofía propia que dispone de nuestra capacidad de pensamiento crítico, pero siempre humilde. – MANUEL ARMENTEROS

SÁNCHEZ MADRID, NURIA, (Ed), *Hannah Arendt y la Literatura*, Edicions Bellaterra, Barcelona 2016, 194 pags.

A lo largo de su vida, Hannah Arendt frecuenta más la compañía de escritores y artistas que la de intelectuales y filósofos, tal como lo demuestran sus relaciones de amistad con Mary McCarthy, Wysthan Auden, Herman Broch, Randal Jarrell y Robert Gilbert. Más allá del dato meramente autobiográfico, esta tendencia tiene que ver con la distancia que la pensadora alemana pone respecto a la filosofía que, incapaz de comprender los trágicos acontecimientos del siglo XX, ha revelado su inexorable crisis. Consciente de la incertidumbre causada por la pérdida de respuestas, por la rotura de la tradición, Arendt no renuncia, sin embargo, a la voluntad de hacerse preguntas, al deseo de comprender, a la necesidad de pensar. Pero al mismo tiempo sabe que es necesario partir de la incertidumbre, de la aceptación de la fragilidad humana, de la experiencia de los «tiempos de oscuridad». Nada más lejos de la seguridad de los filósofos, que parecen siempre haberlo comprendido todo y haber encontrado siempre las soluciones. Los «tiempos de oscuridad», en efecto, son aquellos en los que, tal como dice el poeta italiano Eugenio Montale, no es posible preguntar «la fórmula que mundos pueda abrirte», sino solo encontrar «lo que no somos, lo que no queremos». Estos versos parecen retomar las posiciones de Hannah Arendt respecto a la filosofía y explican su relación con la literatura y la función que esta desempeña en su reflexión. A esto se debe añadir, como se lee en *La condición humana*, que para Arendt la obra de arte y, por lo tanto, también la literatu-

ra, aun formando parte de la producción del *homo faber*, tiene una peculiaridad específica: su capacidad de permanecer en el mundo como un monumento que lo celebra y que testimonia su grandeza y su singularidad. En este sentido se puede afirmar que, precisamente porque aquello que la obra de arte manifiesta concierne al mundo (entendido arendtiano), esta interpela a los seres humanos que lo habitan, provocándoles no solo la admiración, sino también el deseo de hablar de ella, de emitir juicios y de compartir opiniones. Se podría decir que para la pensadora alemana la obra de arte tiene también un valor performativo, ya que constituye una especie de puente del mundo de los objetos producidos por el *homo faber* hacia la acción. La literatura, pues, proporciona una voz a los «tiempos de oscuridad», iluminando su incertidumbre intrínseca, pero al mismo tiempo buscando en estos un camino para mantener vivo el deseo de comunicar y la voluntad de pensar.

Esto es lo que emerge de los ensayos recopilados en el volumen *Hannah Arendt y la literatura*, editado por Núria Sánchez Madrid, con un epílogo de Fina Birulés. Además del citado epílogo y de la presentación de Nuria Sánchez Madrid, el libro contiene siete ensayos que tienen que ver con el diálogo entre Arendt y los autores literarios. En concreto, los autores de los que se ocupan los ensayos son Homero, Gotthold Ephraim Lessing, Franz Kafka, Marcel Proust, Bertolt Brecht, Hermann Broch e Isak Dinesen. La selección de estos autores y la exclusión de otros, también importantes en la reflexión arendtiana, está justificada en la presentación, en la que se dedican asimismo algunas reflexiones a autores que han tenido un peso relevante en el pensamiento arendtiano, como Melville, Faulkner, Dostoievski, Conrad, Lazare, y también a otros que han tenido una presencia más discreta, como Rilke, Heine, Char, Kipling y Zweig. Sin entrar en el mérito de la oportunidad de la selección efectuada, es necesario subrayar el hecho de que los autores de los ensayos tienen una sólida preparación literaria o por lo menos un profundo interés respecto a la literatura. No se trata de una observación que se pueda dar por

descontada, pues se trata de una clara indicación del planteamiento que está en la base de la selección de los ensayos: la voz de los escritores y de los poetas sobresale en la mayor parte de los casos por encima de la voz de Hannah Arendt, reconstruyendo así la potencia del mensaje que han transmitido a la pensadora alemana. Leyendo estos ensayos, efectivamente, se invita a los lectores a imaginar como Arendt leyó a estos escritores, lo que sacó y percibió, más que a buscar la interpretación y la reelaboración que efectuó en sus obras. Se tiene, pues, la sensación de estar frente a una especie de fase previa, es decir, a la tentativa de entender lo que es la literatura para Arendt sin el filtro de su presentación: la literatura para Arendt, no a través de Arendt. Esto no significa subestimar el rigor y la validez de los trabajos recogidos en el volumen, sino más bien subrayar el planteamiento, que tal vez pudiera sorprender a los expertos del pensamiento arendtiano.

El primer ensayo, escrito por Carlos Javier González Serrano y titulado «Arendt y Homero: entre la violencia y el discurso», corrobora algunos conceptos fundamentales recuperados por Arendt de la obra homérica: la imparcialidad, el deseo de ver y de ser vistos, la participación en la vida de la *polis*, el espíritu agonal. Justamente estos dos últimos puntos introducen la cuestión de la violencia en la vida política: se subraya, en efecto, que el espíritu agonal en el campo de batalla homérico puede continuar viviendo en la *polis* solamente si es depurado de los elementos bélicos e interpretado como la determinación de confrontarse con los otros en el espacio público. Aun destacando la ambigüedad del nexo entre el espíritu agonal y el espíritu asociativo presentes en la concepción arendtiana de la *polis*, la determinación de participar en sentido homérico en el espacio público es interpretado por González Serrano como un antídoto respecto a la ascensión del totalitarismo. La preservación del espacio común de la *polis*, de la singularidad y de la pluralidad de los individuos, son elementos fundamentales, en la perspectiva arendtiana, para combatir las dinámicas totalitarias, a las cuales se debe contraponer, antes que nada, un nue-

vo concepto de poder. La referencia a este complejo concepto de la política arendtiana, así como a la sobreentendida distinción entre poder y violencia, está, sin embargo, poco explicado en este ensayo, que aparece, por tanto, privado de un desarrollo que habría sido quizás necesario para completar las consideraciones del autor.

El segundo ensayo, de Germán Garrido Miñambres, se titula «El discurso es la morada. Lessing o el exilio en Hannah Arendt». El objetivo teórico de este trabajo es examinar la función del ejemplo, entendido por Arendt como instrumento para llevar en el ámbito del juicio práctico y, en consecuencia, de la filosofía política, el fundamento intersubjetivo del sentido común que Kant limita a los juicios del gusto. Desde esta perspectiva, según el autor, Lessing interesa a Arendt en cuanto ejemplo de los conceptos más importantes de su filosofía política; en particular, la temática del exilio. Después de una panorámica articulada sobre la importancia de Lessing para Arendt, rica en referencias bibliográficas, que ayudan a focalizar la problemática del exilio en la pensadora, se hace más explícito el interesante objetivo teórico del trabajo. El análisis de la relación Lessing-Arendt se afronta desde una prospectiva kantiana, pero justamente aquí las voces de Lessing y Arendt parecen perderse, entre las referencias a la *Crítica del Juicio*, para aparecer después en la brillante conclusión.

Nuria Sánchez Madrid es la autora del tercer ensayo, titulado «Kafka en Arendt. Poética de la extinción», en el cual se retoman temáticas ya vistas en el ensayo precedente. Ante todo, la autora subraya la relevancia que tiene para Arendt la producción literaria de Kafka, ya que evidencia la problemática relativa a la condición de aquellos que son privados de los elementos fundamentales de la vida, como la familia, el trabajo o la ciudadanía, y que están obligados a soportar que otros decidan su destino. No obstante las diferencias entre Arendt y Kafka a propósito de las reflexiones sobre el poder, es precisamente la elaboración kafkiana de este concepto lo que resulta esencial para Arendt a la hora de definir la figura del paria consciente, que evita el engaño de

la asimilación del *parvenu*. Siguiendo esta línea, el ensayo presenta un interesante análisis del significado de la producción kafkiana según Arendt, con especial énfasis al papel de la ley en ambos autores, proponiendo analogías estimulantes que nacen precisamente a partir de sus divergencias.

El ensayo titulado «Arendt lectora de Proust: reflejo de un mundo narrado», del cual Víctor Granado Almena es autor, analiza la relación de la filósofa alemana con la obra de Proust, partiendo justamente de la tentativa arendtiana de hacer referencia a las novelas para intentar dar un sentido al mundo. La primera parte del ensayo, en efecto, contiene reflexiones interesantes sobre la aproximación arendtiana a la literatura, en la cual se insiste sobre su capacidad de sacar a la luz las condiciones de la experiencia vital, más allá de la mera función ejemplarizadora. Partiendo de esta premisa, en la segunda parte se toma en consideración de un modo más específico la lectura arendtiana de Proust. En este sentido, la obra de Proust significa para Arendt, por un lado, la recuperación de la experiencia de un pasado ya irremediamente perdido, y, por el otro, la valorización de la vivencia de la excepcionalidad, de la extrañeza y de la exclusión. Son justamente estos dos significados los que permiten a Arendt analizar la condición de los judíos a partir de la modernidad, pasando por el caso Dreyfuss hasta llegar al totalitarismo y al Holocausto.

Tomás Domingo Moratalla es el autor de «Hannah Arendt interprete de Bertolt Brecht. Sobre la fragilidad y la banalidad del bien». En la primera parte del ensayo, en el ámbito de la reconstrucción biográfica de los contactos entre Arendt y Brecht, se cita un ensayo en el que Arendt critica a Brecht por su actitud condescendiente respecto a Stalin, interpretado como una retirada del espacio público y una renuncia a tomar en consideración la realidad de las cosas. Esta es la motivación para reflexionar sobre la función que, según Arendt, el poeta desempeña en el espacio público, y que emerge en los dos textos en los que la pensadora alemana traza la *silueta* de Brecht: el primero es una reseña de un libro de poesías de Brecht, titulada *Beyond Personal*

*Frustration. The poetry of Bertolt Brecht* y el segundo es un texto sobre Brecht contenido en *Hombres en tiempos de oscuridad*. En ambos escritos tiene un papel central la figura del poeta que aspira a dar la máxima visibilidad a todas las personas, sobre todo a los que están condenados al olvido debido a las condiciones sociales o al contexto histórico. Estas consideraciones constituyen el objetivo de la tercera parte del ensayo, en la cual se introduce el concepto de banalidad del bien. Según el autor, la silueta de Brecht representa para Arendt un modelo de fragilidad del bien que, cuando irrumpe en el mundo, se transforma en caridad o en solidaridad, sin dejar rastro de sí mismo. Para evitar esta fragilidad, Arendt elabora su idea de *amor mundi*: el bien y la bondad se pueden afirmar cuando se realizan aquellos valores que nacen de la cura del mundo, desde el juicio concreto de la situación, no desde la pureza del pensamiento.

El sexto ensayo, escrito por Juan Carlos Barrasús, se titula «¿Qué hacer tras la catástrofe? El problema del “reencantamiento del mundo” y la primacía de lo ético en el itinerario intelectual de Hermann Broch». El trabajo se centra en la función ejemplar de la producción poética y de la actitud intelectual de Broch, prototipos, según el autor, de aquella condición humana que ha ocupado gran parte de la reflexión de Arendt. Su oposición a una estética basada solo en un arte con fin en sí mismo, revelan, en efecto, la exigencia de defender la primacía de lo ético, sobre todo frente a los trágicos acontecimientos del siglo XX. Presionado por la pregunta relativa a qué hacer después de la catástrofe sucedida en Europa en la primera mitad del siglo XX, el escritor vienés busca respuestas primero en el arte, después en el ámbito científico y finalmente en la praxis política. El texto ofrece, así, un análisis completo de la posición de Broch, aunque su importancia para la reflexión arendtiana no viene casi nunca explicada. Solamente en la parte final se señala cómo Arendt criticó a Broch justamente por su asimilación de la política a la praxis. La búsqueda del poeta vienés para una refundación del mundo y las revelaciones contenidas en sus obras, que tanto

impresionaron a Arendt, están puestas en evidencia en toda su potencia, pero quizás hubieran resultado más ricas si el diálogo con Arendt hubiera sido más explícito.

El ensayo conclusivo, «Hannah Arendt sobre Isak Dinesen: narración contingencia y destino», de Eduardo Cañas Rello, parte de la definición que Dinesen da de sí misma como *story-teller* para iniciar un recorrido sugestivo a través del significado de la narración en el pensamiento arendtiano según los estímulos ofrecidos por la misma Dinesen. Retomando la idea de Dinesen según la cual la vida se desenvuelve según un modelo que se revela a través del relato, Arendt considera que el narrador hace emerger el sentido de la narración no solo mediante la enumeración de hechos, sino sobre todo gracias a la intervención de la imaginación productiva: gracias a esta los sucesos toman la forma de destino y el sujeto se reconcilia con el propio pasado. Según el autor, sin embargo, el papel de la imaginación productiva se vuelve más problemático cuando es aplicado por Arendt en el ámbito de la narración histórica, como se puede ver en el artículo «Verdad y política», en cuanto parece que su búsqueda de cohesión y de coherencia sea contradictoria respecto a la crítica de la ideología. Lo que salva a Arendt del determinismo es la convicción de que la narración revela un significado, pero no pretende definirlo, con lo cual podemos interpretar el pasado, pero no disponer de nuestro presente y de nuestro futuro, sumergidos como estamos en la imprevisibilidad de la acción.

Este último ensayo aparece muy en la línea del Epílogo del libro, en el que Fina Birulés nos recuerda como la narración transforma la mera sucesión de los eventos, a menudo insoportables, poniéndolos en movimiento hacia el espacio común. Y en el espacio común, la literatura y sobre todo la poesía, preservan la polifonía de las voces, la diversidad de los recuerdos, la fragilidad de los asuntos humanos. A través de las palabras de Fina Birulés, los textos del libro convergen en un punto común, haciendo resonar con fuerza la voz de Arendt, de la cual a veces se siente su ausencia a lo largo de la lectura. – STEFANIA FANTAUZZI